



ORAR EN EL MONTE ALTO



EN EL MONTE ALTO DE LA ORACIÓN

Para reflexionar en el silencio interior

P. Gustavo Eugenio Elizondo Alanís



«El que cumple la voluntad de mi Padre, que está en los cielos, ese es mi hermano, mi hermana y mi madre» (Mt 12, 50).

Madre nuestra: al comienzo del Prólogo del Catecismo de la Iglesia Católica aparecen unas palabras de Jesús, tomadas de su oración con el Padre, cuando le dice: “esta es la vida eterna: que te conozcan a ti, el único Dios verdadero y a tu enviado Jesucristo”. Enseguida, aparece una cita de la Carta de San Pablo a Timoteo que dice: “Dios, nuestro

Salvador... quiere que todos los hombres se salven y lleguen al conocimiento pleno de la verdad”.

Y en el n. 1 del Catecismo, la Iglesia enseña que Dios ha creado libremente al hombre para hacerle partícipe de su vida bienaventurada, para lo cual, se hace cercano: llama al hombre y le ayuda a buscarle, a conocerle y a amarle con todas sus fuerzas, para llegar a ser herederos de su vida bienaventurada.

Son muy importantes esas primeras palabras del Catecismo, porque le dan sentido a toda la doctrina de la Iglesia: Dios quiere que lo conozcamos tratándolo y amándolo, para que, usando bien nuestra libertad, nos vayamos al Cielo, para gozar de su vida divina.

Madre, nuestra, Reina del Cielo, enséñanos a tratar a Dios Padre, Hijo y Espíritu Santo, para conocerlo cada día más, para que deseemos con todas nuestras fuerzas cumplir su voluntad, como lo hiciste tú, y así podamos, de tu mano, alcanzar la vida eterna.

Hijo mío: la Santa Iglesia es la gran familia de Dios.

Todos los bautizados son miembros de la gran familia de Dios, pero no todos son considerados en tan alta estima por Cristo como aquellos a quienes Él llama su madre y sus hermanos, que son sus discípulos, los que cumplen la voluntad de Dios.

¿Y cuál es la voluntad de Dios?

Que todos los hombres se salven y lleguen al conocimiento pleno de la verdad.

La verdad es Cristo, y solo a través de Él, por los frutos de su único y eterno sacrificio, puede alcanzar un hombre la salvación que Él vino a traer.

Por tanto, para cumplir la voluntad de Dios, es necesario conocer a Cristo. Y a Él se le conoce a través de la meditación de la Palabra de Dios, a través de la doctrina, a través de los sacramentos. Y especialmente, a través de la oración, porque es en la oración en donde se tiene un trato íntimo con el Señor, y los amigos se conocen cuando se tratan.

El que no conoce a Cristo, no conoce la verdad, no conoce el camino, no encuentra la vida y no se puede salvar, porque toda gracia y toda salvación viene de Él.

Por eso yo te invito con insistencia a subir al monte alto de la oración, para que la lluvia de gracias que bajan del Cielo sobre tu alma bien dispuesta moje y empape tu tierra, en la que siembra su Palabra el Señor, para que dé fruto, y ese fruto permanezca.

El fruto será el cumplimiento de la voluntad de Dios, que también se discierne en la oración. Entonces serás contado entre sus familiares más cercanos: su madre y sus hermanos.

¿Y cómo se sube al monte alto de la oración?

Dedicando un tiempo de tu día, un momento exclusivo para Dios, disponiendo tu alma y todos tus sentidos a ser poseído por su amor, que te llenará de gozo, de sabiduría, de virtud, de gracia y de don, leyendo, escuchando y meditando el Evangelio, rezando el Santo Rosario o alguna otra oración con devoción, o simplemente guardando silencio, meditando todas las cosas en tu corazón, ya sea frente al sagrario, o en la soledad de tu habitación.

Subir al monte alto es retirarse del mundo, cerrar los oídos al ruido exterior, procurando el silencio interior, para amar y dejarse amar, participando de la dinámica de amor de la Santísima Trinidad, envuelto en la locura divina del misterio de la cruz, que es el misterio de la salvación, deseando con todo tu corazón y pidiéndole a Dios que te dé los medios para cumplir su divina voluntad, guiándote, tomado de mi mano, en el camino hacia la santidad.

Recuerda que Jesucristo, el Señor, mientras vivía en medio del mundo se retiraba al monte para orar en soledad. Y así como a veces bajaba del monte con el rostro iluminado, por haber con Dios hablado, así el Señor iluminará tu rostro con su luz en cada encuentro cotidiano con Él, en cada manifestación de la prioridad que sobre todas las cosas le das a Él, destinando momentos de tu vida, día a día, para conversar con Él, para decirle cuánto lo amas, para conocerlo y llenarte de Él.

A veces sobran las palabras, porque en la oración se comunican en silencio las almas.

Procura, hijo mío, dejarlo todo por Cristo y seguirlo. Eso es subir al monte alto de la oración. Recibirás la fuerza para cumplir la voluntad de Dios, y Jesús te reconocerá ante su Padre, que está en el Cielo, no solo como un miembro de la Santa Iglesia, sino como un miembro santo de su propio cuerpo, a quien tendrá en tan alto aprecio, que llamará para ser contado entre los santos en el Cielo, considerado tan honorable y amado como su madre y sus hermanos, y Dios Padre te recompensará con la gloria que merecen los que han cumplido su voluntad.

Conviene, hijo mío, que detengas tu día y dediques tiempo a la oración; que disciernas cuál es para ti la voluntad de Dios, de acuerdo a tu condición, a tu vocación, a tus deberes y responsabilidades, y la cumplas ordenando tus prioridades siempre hacia Dios.

Su gracia te basta.

¡Muéstrate Madre, María!

(En el Monte Alto de la Oración, n. 131)

OTRAS ORACIONES Y REFLEXIONES

La Compañía de María
Madre de los Sacerdotes

